



ACTO SOLEMNE DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2026-2027

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

2 de septiembre 12:00 h
2026

R.P. VICEGRAN CANCELLER Y PROVINCIAL ENRIC PUIGGRÒS SJ,
RECTOR MAGNÍFICO P. JUAN JOSÉ ETXEBERRÍA SJ,
RECTOR P. JULIO MARTÍNEZ SJ,
RECTOR MAGNÍFICO NICOLÁS ÁLVAREZ,
PRESIDENTE DEL PATRONATO DE LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA
COMILLAS-ICAI Y MIEMBROS DE SU PATRONATO,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
DELEGADA DEL PROVINCIAL PARA UNIJES,
PROFESORES E INVESTIGADORES,
PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,
SEÑORAS Y SEÑORES.

Quiero comenzar agradeciendo la magnífica lección inaugural de la doctora Isabel Muñoz, que no solo ha sido extraordinaria en su profundidad, sino que también nos va a ser muy útil para guiar la evolución que tenemos que realizar en formación y educación. Quiero dar la bienvenida al Gobierno de la Universidad y al doctor Pablo Frías. Le agradezco especialmente su generosidad al haber aceptado este cargo. Asimismo, aprovecho para agradecer la generosidad del profesor Ventosa por asumir otro vicerrectorado distinto, el de Estrategia Digital e Inteligencia Artificial. Como ya tuvimos el acto el lunes, esto me ahorra todas las referencias a la inteligencia artificial, porque entonces dije prácticamente todo lo que tenía que decir sobre este asunto y sobre las razones por las que hemos creado este vicerrectorado. Si queréis conocerlas, podéis consultar el discurso que, a pesar de mis esfuerzos por esconderlo después de pronunciarlo, de alguna manera siempre acaba llegando al público. No sé cómo.

El vídeo de la memoria del curso pasado que acabamos de ver termina poniendo palabras a algo que, en realidad, lleva mucho tiempo formando parte de Comillas: Ad maiora. Ad meliora. Hacia lo más grande, hacia lo mejor. Hacia mayores logros, hacia algo mejor.

No queremos que sea simplemente un lema, y mucho menos una campaña. Es una manera de expresar algo que pertenece a nuestra tradición: la aspiración ignaciana al magis, a no conformarnos, a buscar siempre más. Nuestro propio himno lo dice desde hace años: «Nuestro anhelo es el ser siempre más». Pero hemos querido añadir algo importante: no basta con ir a más; queremos ir a mejor. Maiora expresa nuestra ambición como Universidad; meliora recuerda para qué queremos crecer y mejorar. Ambición intelectual y excelencia humana tienen que caminar juntas. Y creo que comenzamos este curso con buenas razones para reconocer que, en muchas cosas, estamos avanzando en esa dirección.

Comenzamos un nuevo curso y, como cada comienzo, es una buena ocasión para preguntarnos dónde estamos. Lo hacemos, además, en un momento especialmente exigente para la universidad. Madrid es hoy uno de los entornos universitarios más competitivos de Europa. Crece la oferta, aparecen nuevos actores, aumenta la competencia por los mejores estudiantes y profesores, cambian las profesiones para las que preparamos a nuestros alumnos y la tecnología, muy especialmente la inteligencia artificial, está transformando con enorme rapidez qué enseñamos, cómo enseñamos, cómo investigamos y hasta cómo gestionamos nuestras instituciones. A ello se unen el descenso demográfico que llegará en los próximos años y una competencia creciente en precios, becas, comunicación y captación de talento.

Pero no debemos afrontar este escenario desde el temor, sino desde la confianza. Partimos de una posición sólida, sustentada en cinco fortalezas: una marca reconocida; una relación extraordinaria con empresas e instituciones; una excelente empleabilidad; una potente red de antiguos alumnos; y una cultura de innovación cada vez más arraigada.

No necesitamos convertirnos en otra universidad para competir mejor. Necesitamos ser cada vez mejor Comillas. Y tenemos razones para celebrar. La primera es quizá la más importante para cualquier universidad: seguimos siendo capaces de atraer talento extraordinario. Recibimos algunos de los mejores expedientes de España y estudiantes que podrían elegir prácticamente cualquier universidad deciden estudiar con nosotros. Hemos aumentado el número de solicitudes y este año tenemos aún más ambición, sin presión para Marketing. Y no se trata solamente de atraerlos. Nuestro compromiso es que quien entra en Comillas encuentre algo que justifique haberla elegido: cercanía, exigencia, acompañamiento y oportunidades para crecer mucho más allá de las aulas. Hemos de responder a la altura de nuestro compromiso.

Porque creo que otra de las cosas que hacemos especialmente bien es cuidar al alumno. Pero esta formación integral tenemos que hacerla cada vez más intencional. No basta con confiar en que ciertas capacidades se adquieran espontáneamente durante los años universitarios. También hay que educarlas. Por eso estamos reforzando la formación común de nuestros estudiantes en competencias como el conocimiento de uno mismo, el pensamiento crítico, la comunicación, el trabajo en equipo, el juicio ético, el liderazgo y la capacidad de afrontar constructivamente el desacuerdo. Aprender a vivir con la complejidad y con personas que piensan de manera diferente es también una competencia que una universidad debe enseñar.

Y esa formación tampoco sucede solamente en el aula. Comillas Comunidad quiere ofrecer experiencias culturales, artísticas, deportivas, espirituales, sociales y de servicio en las que nuestros alumnos aprendan a encontrarse con otros y a hacer cosas juntos. Porque una comunidad no se construye sobre la uniformidad. Se construye aprendiendo que podemos pensar de manera diferente y, sin embargo, escucharnos, respetarnos, colaborar y asumir responsabilidades compartidas.

Como jesuita y como rector, estoy cada vez más convencido de que uno de los grandes desafíos de nuestras universidades no es la diversidad de opiniones, sino nuestra capacidad para convertir la diversidad en diálogo, el desacuerdo en aprendizaje y el conflicto en reconciliación. La tradición ignaciana no nos ofrece una fórmula sencilla, pero sí un método: comprender el contexto, aprender de la experiencia, reflexionar y discernir, y después actuar. Newman hablaba de formar un hábito de la mente capaz de contemplar la realidad en toda su complejidad. Quizá hoy necesitemos especialmente eso. Una sociedad polarizada no necesita universidades que digan a las personas qué tienen que pensar; necesita universidades que enseñen a las personas a pensar juntas, a buscar juntas la verdad sin renunciar por ello a sus convicciones.

Y esto exige también valentía. Stefan Zweig lo expresó con enorme fuerza al hablar de aquellos tiempos en los que al intelectual ya no le era posible refugiarse en la contemplación porque la realidad lo empujaba hacia «el tumulto de la derecha o de la izquierda». Y añadía que precisamente entonces nadie necesita más «valor, más fuerza, más entereza moral» que quien se resiste al pensamiento unilateral. Esa puede ser también una tarea de nuestra Universidad: formar personas con convicciones, pero no fanáticas; capaces de sostener una posición y, al mismo tiempo, escuchar; capaces de vivir con la complejidad sin refugiarse en respuestas simples; capaces, en definitiva, de construir reconciliación sin sacrificar la verdad. Si lo conseguimos, estaremos formando buenos profesionales y buenas

personas, pero estaremos prestando además un servicio imprescindible a nuestra sociedad.

También tenemos que celebrar la transformación de nuestra investigación. Probablemente, una de las transformaciones culturales más importantes que ha vivido Comillas durante los últimos años ha sido comprender que investigar no es una actividad de algunos profesores o grupos especialmente interesados, sino una dimensión constitutiva de una verdadera universidad. Y los resultados empiezan a acompañar ese cambio: hoy el 60 % de nuestro PDI tiene sexenio y el 60 % está acreditado; hemos renovado nuestro modelo de gestión de la investigación financiada y el reglamento de grupos de investigación. En el Ranking CYD hemos pasado de 13 indicadores de alto rendimiento y la posición 21ª en 2017 a 23 indicadores y la posición 8ª en 2025.

Me parece especialmente importante el crecimiento de nuestras cátedras y proyectos con empresas e instituciones. No solo porque aporten recursos a la investigación, sino porque expresan algo mucho más profundo: que la sociedad confía en nuestra capacidad para generar conocimiento relevante. Las empresas no vienen a Comillas simplemente para poner su nombre en una cátedra. Vienen porque esperan encontrar conocimiento, independencia, capacidad crítica y respuestas a problemas reales. Investigación y transferencia tienen que alimentarse mutuamente: no queremos una investigación que termine únicamente en una publicación académica, sino conocimiento que contribuya a transformar la sociedad. Esa es precisamente una de las tareas que tenemos por delante.

No podemos saber exactamente cómo será el mercado de trabajo dentro de diez años. Precisamente por eso, nuestra obligación no es adivinarlo, sino construir una Universidad suficientemente ágil para aprender y transformarse con él. Esta agilidad significa también que tenemos que

aprender a trabajar mucho más juntos. Una de las grandes fortalezas de Comillas es la diversidad y calidad de nuestras escuelas, facultades y servicios. Pero esa fortaleza pierde buena parte de su potencial cuando nuestras capacidades permanecen desconectadas. No podemos estar tan concentrados en lo que ocurre dentro de nuestra propia escuela, facultad o servicio que dejemos de ver lo que tenemos al lado. En un mundo en el que los problemas son cada vez menos disciplinares, nuestra diversidad solo se convierte en una verdadera ventaja cuando somos capaces de conectarla.

Por eso necesitamos cruzar más nuestras fronteras interiores: compartir proyectos, profesores, conocimiento, relaciones y oportunidades; preguntarnos no solo qué puede hacer mi centro, sino qué podríamos hacer juntos que ninguno de nosotros podría hacer por separado. Mirar hacia fuera empieza, paradójicamente, por aprender a mirar más allá de nuestro propio espacio dentro de Comillas.

Esto requiere generosidad institucional. A veces significará compartir protagonismo, incorporar a otros cuando podríamos intentar hacerlo solos o aceptar que una buena idea mejora cuando deja de ser exclusivamente nuestra. Pero precisamente ahí hay una oportunidad enorme. Comillas será más fuerte hacia fuera cuanto más capaces seamos de trabajar juntos hacia dentro.

Entre las cosas que tenemos que celebrar este curso está también la graduación de la primera promoción del Grado en Gastronomía e Innovación Culinaria de Madrid Culinary Campus y la consolidación de nuestra Food Business School. MACC es importante no solo por lo que estamos construyendo junto con Vocento y con la inspiración y colaboración de Ferran Adrià y Andoni Luis Aduriz, sino por lo que incorpora a la Universidad. Nos abre a un sector de enorme importancia económica, social y cultural en el que hasta ahora apenas estábamos

presentes; nos conecta con un tejido muy amplio de empresas y emprendedores; atrae estudiantes de perfiles y procedencias diferentes y con un alto componente internacional; y, sobre todo, crea un espacio extraordinariamente interdisciplinar. En la gastronomía se encuentran la ingeniería agrícola, la tecnología, la salud, la empresa, las ciencias sociales y las humanidades, y aparecen cuestiones decisivas como la sostenibilidad, la alimentación o el cuidado de la casa común. Por eso, MACC no es simplemente algo nuevo que hemos añadido a Comillas: es también un laboratorio del que Comillas puede aprender, un lugar para experimentar nuevas formas de enseñar, investigar, innovar y relacionarnos con la sociedad que después podamos trasladar al resto de la Universidad. En ese sentido, encarna especialmente bien lo que queremos expresar cuando hablamos de transformar, innovar, vincular e internacionalizar.

Por todo ello, creo que podemos decirlo sin falsa modestia y, al mismo tiempo, sabiendo todo lo que nos queda por hacer: tenemos un gran proyecto educativo.

Pero precisamente porque partimos de una posición buena, no podemos conformarnos. En un entorno que cambia tan deprisa, mantenerse quieto es una forma de retroceder. Y creo que hay cuatro ámbitos, además del que he señalado de colaboración interna, en los que este curso necesitamos dar un paso adelante. Vuelvo a la divisa del vídeo, que solo tiene sentido si se convierte en una exigencia. *Ad maiora. Ad meliora* no describe simplemente lo que somos; señala hacia dónde queremos ir. Nos recuerda que la excelencia nunca es un punto de llegada y que una buena Universidad no puede conformarse con seguir haciendo bien lo que ya sabe hacer. Ir a más y, sobre todo, ir a mejor significa preguntarnos cada curso qué tenemos que cambiar, qué debemos aprender y qué podemos hacer mejor.

En docencia necesitamos innovación continua. En una sociedad que cambia a gran velocidad, no podemos limitarnos a enseñar bien lo que siempre hemos enseñado. Alicia, del “País de las Maravillas” en “A través del espejo”, descubre que «hay que correr todo lo que uno pueda para permanecer en el mismo sitio». También nosotros: dejar de aprender, de innovar o de crecer significa, en realidad, empezar a retroceder.

Precisamente por eso, en la era de la inteligencia artificial, el papel del profesor se vuelve más importante, no menos. Como escribe Santiago Schnell, un verdadero profesor no es un mero transmisor de contenidos, sino «un guía experimentado en la búsqueda del conocimiento»: alguien que sabe qué es lo que el estudiante todavía no ha visto, qué distinciones necesita hacer, qué confusiones hay que poner de manifiesto y cuál es la pregunta que debe venir después. Porque «la mejor clase no consiste en transferir información de un recipiente a otro. Es un acto vivo de pensamiento». Por eso el seminario, la discusión, el laboratorio, la tutoría y la conversación serían conservar toda su fuerza, incluso cuando la información se vuelve barata y fácilmente accesible.

Y esto refuerza el valor de la presencialidad y del encuentro, que. Para nosotros es una apuesta de esta universidad. Educar no es simplemente transmitir información: sucede cuando una persona presta atención a otra, percibe su contexto, escucha sus preguntas, reconoce incluso sus silencios y la ayuda a interpretar lo que está viviendo. Isabel ha formulado hoy una idea que me parece especialmente importante: «la exigencia intelectual se concibe como una forma de respeto hacia el estudiante». Acompañar no es exigir menos. Precisamente porque creemos en nuestros alumnos, tenemos que acompañarlos y exigirles; ayudarles, pero también retarles a llegar más lejos de donde ellos mismos creen que pueden llegar.

Como nos acaba de recordar Isabel Muñoz en su lección, ante la inteligencia artificial «la pregunta clave no debería centrarse únicamente en cómo evitar determinados usos inadecuados de la IA, sino en qué queremos realmente que aprendan nuestros estudiantes». Creo que ahí está buena parte de nuestro desafío. La IA no nos obliga solamente a aprender nuevas herramientas; nos obliga a volver a pensar como profesores. La formación, el encuentro, el intercambio de buenas prácticas y el pensar juntos se hacen más necesarios que nunca.

Y en otro orden de cosas necesitamos salir más. Tenemos que viajar, hacer estancias, participar en proyectos internacionales, enseñar en otras universidades, construir redes y traer después a Comillas lo aprendido. El pasado curso ya aumentaron las estancias internacionales del profesorado en algunos centros y hemos seguido ampliando dobles titulaciones y redes académicas. Pero necesitamos mucho más. Internacionalizar una universidad no consiste solamente en recibir estudiantes extranjeros ni en firmar convenios. La mejor manera de internacionalizar Comillas es que nuestra gente esté en el mundo y que el mundo entre en Comillas a través de nuestra gente. Salir nos obliga a contrastarnos, enriquece nuestra manera de pensar, crea relaciones que después se convierten en docencia e investigación, lleva el nombre de la Universidad mucho más lejos de nuestros campus y nos sitúa en el mapa.

Pero internacionalizar la universidad no consiste solo en que nuestro alumnos y profesores viajen más. Supone transformar la universidad entera para que alguien que viaje desde otro país pueda sentirse verdaderamente alumno de Comillas desde el primer día. Y eso afecta a la docencia y a los idiomas. Pero también a la Secretaría y a la facilidad con la que se realizan los trámites administrativos, a la información y a la señalética. A la acogida que encuentran en una conserjería, a las actividades de Comillas Comunidad. A las facilidades que encuentran para

integrar y no solo reunir estudiantes españoles e internacionales. Afecta a la cultura, al deporte, al voluntariado y a la pastoral, que deben saber acoger también a quien procede de otra cultural y de otra tradición religiosa. Afecta al alojamiento, al acompañamiento personal y hasta la manera en que debemos comunicarnos. Una universidad no es internacional porque tenga alumnos extranjeros, sino cuando aprende a pensarse y organizarse también desde los ojos que vienen desde fuera. Y esto nos hará mejores para todo. Más abiertos, más diversos, más capaces de comprender el mundo, y por lo tanto más Comillas.

Ese es en definitiva el punto desde el que comenzamos este curso, tenemos mucho que celebrar y mucho que hacer. Y ambas cosas están profundamente relacionadas, no partimos de cero, partimos de una universidad buena, fuerte y reconocida. Nuestro desafío es no acomodarnos, no pensar en lo conseguido, si no utilizarlo como plataforma para la siguiente transformación. Si debemos cambiar es ahora cuando tenemos que hacerlo. Porque es ahora cuando tenemos capacidad de equivocarnos. Porque en un entorno como el actual no basta con ser buenos, tenemos que seguir aprendiendo, cambiando, y sobre todo seguir preguntándonos que universidad necesita la sociedad y la Iglesia a la que queremos servir. Y hay una dimensión más de este con otros, Comillas no es una universidad aislada ni un proyecto que se agota en si mismo, somos una obra de la Compañía de Jesús, y formamos parte de la misión de la Provincia de España, junto con colegios, centros universitarios, instituciones sociales, comunidades, centros de espiritualidad y tantas otras personas, que desde lugares y tareas muy diferentes participan en una misma misión.

Es cierto, como bien sabe el P. Provincial, que cada otra tiene su responsabilidad específica y debe hacerla bien. Pero ninguna puede pensar que su misión termina en sus propios límites. También aquí necesitamos aprender a mirar más allá de nosotros mismos, a

preguntarnos que podemos aportar a los demás y que podemos recibir de ellos. La universidad tiene ciertamente mucho que ofrecer, conocimiento, investigación, capacidad de reflexión, formación, presencia pública. Pero tiene también mucho que aprender de quienes trabajan cada día en la educación secundaria o primaria, en las fronteras sociales, en el acompañamiento, en la pastoral o en el servicio de personas especialmente vulnerables. Si fuéramos capaces de conectar mejor estas capacidades, todos seríamos mejores y nuestra misión tendría mayor alcance.

Y quiero ahora, referirme de una forma especial, con el motivo de la placa que hemos entregado a Deusto, nuestro trabajo conjunto con UNIJES. Nuestras universidades y centros universitarios jesuitas no deberían ser simplemente instituciones que comparten una identidad, se reúnen periódicamente o colaboran cuando aparece una oportunidad. UNIJES tiene que ayudarnos a pensar y actuar cada vez más como una verdadera red apostólica universitaria. Nuestra capacidad de colaborar es una ventaja que no podemos permitirnos desperdiciar. No se trata de que cada universidad deje de ser ella misma, sino de descubrir que podemos servir mejor a nuestra misión precisamente porque no estamos solos. La historia de los primeros años de ICADE recuerda que la colaboración entre nuestras universidades no es algo reciente. La secretaría general y yo mismo hemos revisado la correspondencia entre los hermanos jesuitas, mientras negociaban la colaboración entre los hermanos jesuitas, y lo que aparece es que cuando las dificultades legales y académicas hacían muy precaria la vinculación de ICADE con la Universidad de Madrid, Deusto ofreció una solución que permitió dar estabilidad y respaldo universitario al proyecto. Aquella adscripción exigió un esfuerzo importante por parte de Deusto: profesores que se desplazaban a Madrid para examinar, coordinación entre decanos y docentes, adaptación de procedimientos y búsqueda conjunta de soluciones. Pero la correspondencia examinada, desde mi punto de vista, tiene algo de consolador para los que hoy

intentamos colaborar, y es que tampoco entonces fue fácil la colaboración. Hubo discrepancias serias sobre los exámenes, los desplazamientos, las dietas y quién debía asumir sus costes; hubo retrasos, malentendidos y hasta cartas cuyo tono se consideró excesivamente áspero. En algún momento se habla incluso de un «forcejeo» que había llegado a resultar desagradable. Y, sin embargo, la colaboración continuó durante 12 años. Quizá esa sea la enseñanza más interesante: colaborar entre instituciones distintas exige decisión y buena voluntad, pero también paciencia, confianza, generosidad y capacidad para no convertir cada dificultad en una cuestión de principio. Uno de aquellos documentos lo expresa de manera magnífica. Cito: «no debe extrañar que surjan dificultades entre nuestros centros; lo importante es hacer el esfuerzo de resolverlas con la mayor generosidad y caballerosidad posible». Y, precisamente por eso nuestra historia común no debería servirnos solo para recordar la colaboración pasada, sino para animarnos a colaborar más y con mayor ambición en el futuro.

Quiero terminar, dando las gracias. Gracias a quienes enseñáis y acompañáis cada día a nuestros alumnos; a quienes investigáis, publicáis, conseguís proyectos y construís redes; a quienes hacéis posible que todo esto suceda desde la gestión, muchas veces con un trabajo que apenas se ve; a quienes atendéis una secretaría, una biblioteca, una conserjería, un laboratorio o cualquiera de nuestros servicios; a quienes dirigís equipos y asumís responsabilidades. Gracias también a quienes este año vais a tener que aprender algo nuevo, cambiar una manera de hacer las cosas, asumir una tarea diferente o dedicar un esfuerzo adicional para que podamos avanzar. Y un agradecimiento especial a la orden hospitalaria de los Hermanos de San Juan de Dios por los espacios que nos han proporcionado para nuestro Campus Senior, que tengan un sitio estable como se merece.

Tenemos mucho trabajo por delante, pero tenemos de una Universidad excelente para preguntarnos juntos cómo hacerla todavía mejor. Y quizá eso sea, al final, lo que queremos expresar con la divisa que hoy presentamos: *Ad maiora. Ad meliora*. Que no sea solamente una frase que aparezca en nuestros documentos, en nuestro sello o en nuestros diplomas. Quizás Isabel nos ha dado, sin pretenderlo una clave para entenderlo mucho mejor *Ad maiora, ad meliora*. Cito a Isabel: «la tradición educativa no consiste en repetir respuestas del pasado, sino en mantener vivos aquellos principios que nos permiten ofrecer respuestas nuevas a los desafíos de cada generación». Eso es precisamente lo que tenemos por delante: no elegir entre tradición e innovación, sino tener suficientemente claro quiénes somos para atrevernos a cambiar.

Muchas gracias a todos. Y muy buen curso 2026-2027.

2 de septiembre de 2026 - Aula Magna – Alberto Aguilera, 23
| Universidad Pontificia Comillas